

Los nuevos anexionistas

Por Jorge A. Sanguinety

El canciller cubano Felipe Pérez Roque acaba de declarar en Naciones Unidas que Cuba está dispuesta a renunciar a su soberanía y a su bandera para unirse a una confederación o bloque latinoamericano de países. No sabemos lo que hay detrás de estas declaraciones insólitas, pero debemos suponer que las mismas no son improvisadas y provienen del nivel más alto de autoridad del país, pero ¿de dónde? ¿De Fidel Castro, de su hermano Raúl, o de alguna otra fuente? ¿Qué razones puede haber para que un gobierno que ha hecho de la soberanía nacional su principal escudo y su leitmotiv, ahora se presente como anexionista? O ¿será que lo que lanzó Pérez Roque fue un simple balón de ensayo, pero para qué? Como quiera que sea, la noticia no se ha dado en Cuba todavía y es natural suponer que cuando la declaración se sepa deberá causar un gran malestar en las filas castristas. Después de todo, uno de los pilares del régimen ha sido el nacionalismo, y estas proposiciones anexionistas representan una contradicción flagrante de la retórica oficial.

Examinemos las razones que pueden sostener dos hipótesis contrarias. Una es que efectivamente la intención anexionista sea cierta y las declaraciones del canciller cubano sea un modo de probar las aguas. Una manera de que esta hipótesis sea cierta es que el país se encuentre en una posición económica tan precaria que los gobernantes no vean otra salida que abandonar su independencia a cambio de la seguridad económica que esperarían recibir de Venezuela. Hay que tener en cuenta que desde el principio de la revolución, Fidel Castro descuidó gravemente la economía cubana y la convirtió en una dependiente crónica de los subsidios de la Unión Soviética. La desaparición de esta última dejó claramente al descubierto la quiebra de la economía nacional, reflejada en su profunda descapitalización, su enorme endeudamiento, la depauperación de sus habitantes, el saqueo de su patrimonio cultural, las ruinas de sus ciudades e infraestructura, el aislamiento de sus relaciones económicas internacionales y el desmantelamiento de una parte significativa de su sistema productivo.

En resumen, Fidel Castro convirtió a Cuba en un país mendigo que ahora depende de los exilados cubanos para enviar remesas en moneda convertible, el turismo extranjero que él mismo rechazó en 1959 como instrumento de desarrollo y de los nuevos subsidios de Venezuela. O sea, la situación estratégica de Cuba es muy vulnerable. Su propia seguridad nacional está en peligro pues depende de la caridad o solidaridad de otros países, situación que es difícil que haya escapado a los miembros de la cúpula gubernamental. Por supuesto que si el gobierno cubano, quien quiera que lo dirija, persigue un nuevo anexionismo, corre el riesgo de alienar a una buena cantidad de los más leales castristas, pues es difícil creer que los mismos renuncien a la soberanía del país a cambio de un falso sentido de seguridad en una anexión o forma de integración regional. Incluso no es impensable, aunque suene descabellado, que por primera vez en casi cincuenta años, los castristas y los anticastristas se encuentren en una alianza tácita para defender la integridad nacional de Cuba.

La hipótesis contraria es que no haya tal designio, que las declaraciones de Pérez Roque sean una especie de advertencia velada al gobierno de Estados Unidos y otras instancias políticas del país para invitar a pensar a que es mejor un acercamiento entre este país y Cuba, que una unión de

esta última con un enemigo acérrimo como es la Venezuela de Chávez. Me parece que es demasiada casualidad que la amenaza anexionista se hace pública en una plataforma tan visible como las Naciones Unidas, justo cuando el propio Presidente Bush acaba de descartar un acercamiento con el gobierno cubano, después de haber rechazado repetidamente las ofertas de alguna forma de arreglo entre los dos países. Y es una amenaza que hay que tomar en serio, aunque no necesariamente para aceptarla. Además, el reciente nombramiento de un diplomático cubano de alto nivel para estar al frente de la delegación cubana en Washington es otra señal que se puede interpretar como una iniciativa cubana para acercarse a Estados Unidos. El hecho es que una entente Venezuela-Cuba representaría un régimen totalitario más formidable que lo que Cuba presentó por su cuenta incluso cuando contaba con el respaldo de la Unión Soviética. Pero Estados Unidos puede rechazar el gambito jugando a que la unión de ambos países puede ser mucho más difícil de lograr de lo que las declaraciones sugieren.

Por otro lado, estamos en presencia de un gobierno totalitario como el de Cuba, en que las decisiones se pueden tomar casi sin tener en cuenta a la ciudadanía, mientras que lo mismo ocurrirá en Venezuela si las reformas constitucionales de Chávez se confirman en el referéndum. El amago hacia una integración de los dos países pudiera ser neutralizado si Estados Unidos ofreciera algunos incentivos para retardar el proceso hasta que: 1) Fidel Castro desaparezca completamente del gobierno, 2) los sucesores permitan alguna evolución hacia una democracia, aunque sea de corte social-demócrata y 3) hasta que la economía cubana pueda reducir su dependencia de los subsidios venezolanos. En esto puede llegar a jugar un papel la renegociación del embargo estadounidense a la economía estatal cubana, siempre que un próximo gobierno cubano le levante el otro “bloqueo” interno de la economía impuesto al pueblo cubano.

Jorgeas730@aol.com